



Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 6 – 15 de abril de 2015

En este número

1. Coda a «José Antonio, superviviente»
2. ¿Quién era y quién es José Antonio?
3. Un José Antonio humano
4. El PP es un dique para la articulación de una nueva derecha
5. Al Sanjuanito le dio un aire

Coda a «José Antonio, superviviente»

Manuel Parra Celaya

Se decía en la calle: «No existe la Falange, existen los falangistas». Entresaco la frase del magnífico artículo de Enrique de Aguinaga *José Antonio, superviviente* (18-III-2015), cuyas tesis esenciales son las siguientes: 1) La Falange se identifica con José Antonio, jefe de una Falange minoritaria, minoría en sí mismo; 2) La Falange muere con José Antonio; 3) La Falange ha fracasado. Pero añado la paradoja de que el fracaso político de la Falange incorpora el éxito de constatar que la virtualidad de lo joseantoniano es una superación de lo falangista, salvada su índole histórica; 4) La idea de que José Antonio, salvado del fracaso de la Falange, deviene en patrimonio de todos los españoles, sin militancia ni encuadramiento, como dominio público, y 5) La nacionalización de José Antonio se inicia y se sustenta en su concepción como arquetipo.

¡Pobre de mí, atreverme a polemizar con el maestro Enrique de Aguinaga! No tengo más remedio que caer en el subjetivismo de mi concepción falangista, producto de una trayectoria juvenil antes y adulta ahora, pero que no llega, por supuesto, a su intensa veteranía (el bueno de Enrique prefiere decir *ancianidad*).

Porque, en mi etapa juvenil, la Falange vivió en mí. Desde el ámbito familiar hasta mi militancia en la Organización Juvenil Española de los años 60 y 70; desde la adquisición y lectura, día tras día, de mis *Obras Completas* (que no eran tan *completas*, como todos sabemos), a los 15 años, pasando por una trayectoria de semiclandestinidad del FES, de las Juventudes Falangistas y de todo un rosario de siglas inaudito para distinguirnos de *lo oficial*; desde mis prédicas como Jefe de centuria a unos escuadristas, a los que creí convencer, hasta mis escritos, entonces apasionados. Luego, mi adscripción, como esperanza fallida, a aquellas *Juntas promotoras de FE de las JONS*, y mi desesperación y escepticismo consiguiente, en la Transición, por la proliferación de esas *falanges* (*babel de nuestro purgatorio*, las llama Enrique). Finalmente, mi interiorización del falangismo, considerado casi por entero como *una forma de ser* propia, con abstracción de las múltiples recetas de *formas de pensar*, entre las teorías y la cruda realidad.

En este año de 2015, cuando conmemoramos con más nostalgia que oportunidad política el 75º aniversario de la fundación del Frente de Juventudes, reivindicó, también subjetivamente, que José Antonio se proyectó, casi exclusivamente, en aquella Institución, en concreto entre quienes éramos *afiliados* y no meramente *encuadrados*. Por lo menos, en un alto porcentaje de quienes perseveramos en sus filas, que también conocimos multitud de *camaradas-gaseosa*, los del deslumbramiento, la

llamarada, la pasión frontera con el fanatismo... para luego retroceder a los cuarteles de invierno de la vida privada, desengañados, o acampar en otras dimensiones ideológicas que les parecían más acordes con su *revolucionarismo infantil*.

Aquellos jóvenes, doctos en campamentos, marchas, debates y foros, pertenecíamos, sin saberlo, a lo que Dionisio Ridruejo denominó *Falange hipotética*, la que no existía físicamente y no se identificaba con el *Movimiento*, pero que creíamos ciegamente que podría llegar a existir, y a ello aplicábamos nuestro ingenuo activismo de la proclama, el manifiesto, la pintada nocturna o la hoja volandera. Por esa actividad sufrimos el ostracismo y nos sentimos protagonistas de los versos del *Envío* de Ángel María Pascual: «*En tu propio solar quedaste fuera*».

Pasados los años, agradezco a aquella Institución del Frente de Juventudes que me posibilitara conocer a José Antonio; y agradezco, con mea culpa tardío, que, en la etapa que me correspondió vivir en ella, ya se nos presentara un José Antonio arquetipo, sin reducción a una serie de formulaciones históricas de épocas anteriores. Junto a la inmensa obra educativa que la llamada *obra predilecta del Régimen* (que no lo fue tanto) llevó a cabo hacia todos los españolitos, mi reconocimiento personal añade el hecho de que, a los que quisimos, se nos ofreciera un José Antonio de carne y hueso.

Desconfío, ahora, de la *Falange hipotética* soñada, sobre todo tras presenciar el desfile hacia la nada de tantas y tantas esperanzas azules; mucho tendrían que cambiar las cosas en España y en el mundo para que fuera posible; y, especialmente, mucho tendría que cambiar la mentalidad de muchos que se



Descanso durante el trabajo en un campamento del Frente de Juventudes dedicado a repoblación forestal

consideran falangistas, para que fuera posible y superara un fracaso histórico como el que asevera Enrique de Aguinaga, quizás con derecho a ser un privilegiado albacea testamentario.

A pesar de todo, me sigo considerando joseantoniano y falangista, y –con permiso de Jaime Suárez– *nacionalsindicalista*, aunque también de unos sindicatos *hipotéticos*, de un Estado no menos *hipotético*, de una política resueltamente *hipotética...*, que solo bulle en mi pensamiento y está anclada en mi corazón de adulto. ¿Utopía? Mis maestros me han enseñado que la utopía es como el horizonte: nunca llegas al final, pero vas encontrando en la andadura otros hitos, horizontes parciales y reales, que te acercan (¿o te alejan?) de la meta que solo existe en tus sueños.

Otra de estas utopías –perdona, Enrique– es la pretensión de hacer a José Antonio *patrimonio de todos los españoles*. ¿Qué españoles? ¿Existen los españoles o solo es ya una definición geográfica o un título que figura en el DNI? Acaso los españoles que puedan recibir ese patrimonio joseantoniano, sin militancias, pertenecen al mismo plano metafísico de la España que ansiamos y que no se corresponde con la realidad; o, para no caer en el derrotismo, son minoría, a la que hay que dirigirse con idéntica intención del que arroja una piedra a las aguas de un lago y espera ver crecer círculos concéntricos en torno al impacto. Dentro de esa minoría, confío en que permanecen bastantes de mis camaradas de acampadas juveniles.

Entretanto, José Antonio seguirá siendo, por supuesto, ese arquetipo, y a él intentará responder mi *forma de ser*; que intentaré transmitir, *con la lealtad de mi conducta*, a propios y extraños. Seguiré soñando –y trabajando como francotirador– con la España metafísica, la que aprendí en las noches bajo las estrellas, junto a la hoguera del fuego de campamento, en fraternal diálogo con quienes, en la misma

escuela, todavía diseñaban sus conductas bajo la Norma de la fidelidad.

¿Quién era y quién es José Antonio?

Pedro Conde Soladana

Zuizá los menos autorizados para hablar o escribir sobre José Antonio Primo de Rivera sean quienes no podemos reprimir ni la pasión ni la admiración por su figura señera.

Mas, si por estos sentimientos que pueden restar objetividad a nuestras palabras no lo hiciéramos, rozaríamos la necesidad, caeríamos en la trampa de los bobalicones o seríamos remilgados tributarios de un qué dirán como éste: “¡A ver, cómo van a hablar estos!”. José Antonio sería entonces víctima de un silencio tan injusto como lo es su contrario: el ataque de aquellos que sin tomarse la molestia de haberle leído o haberse informado de su vida escriben para denostarlo.

A estos sus sectarios y detractores bastaría con oponerles el juicio de los que sin ser de su filiación política sí lo leyeron dejando entonces y en palabras escritas su sorpresa y alabanza a la talla moral e intelectual del personaje. Por ejemplo los Miguel de Unamuno, Salvador de Madariaga, Rosa Chacel, etc.



José Antonio con su hermano Miguel en la cárcel de Alicante. Verano 1936

Hay que leer también, entre otros más recientes, a Arnaud Imatz, un intelectual vasco-francés, que ha llegado tan al fondo del alma, del pensamiento y en el origen de las ideas de José Antonio como para descubrirnos el entronque intelectual con lo más profundo del pensamiento político occidental, humanista y cristiano. Hasta José María Sanz Beltrán, “Loquillo”, uno de los grandes del rock español borró de su mente, después de leerle, los prejuicios que se había formado sobre el fundador de la Falange.

La pasión no es buena para juzgar una causa; pero no es mala, sino lo contrario, para defender la justicia que pueda acompañarla y no se quiere reconocer. Y a José Antonio Primo de Rivera le acompaña, por un lado, la injusticia de su muerte violenta y, por otro, la de una vida entregada por la mayor justicia para España y los españoles. ¿Merecía por ello esa condena a muerte? Esta es la justicia de los hombres. En este caso, como en otros muchos, sólo queda el recurso al tribunal eterno que Dios preside.

Por ello, ni la incomprensión de unos ni el odio de otros, derechas e izquierdas, me van a impedir una vez más, y año tras año recordándole en el «paredón de los héroes», hablar con la pasión de quien ha llegado a la entraña de su ideario para descubrir que todo cuando dijo e hizo estuvo guiado por un objetivo magnánimo y supremo: el bien de su Patria y de todos sus compatriotas; objetivo por el que le arrebataron esa vida dedicada a conseguirlo quienes precisamente estaban sembrando España de odio y regaban su suelo con sangre de españoles. Por desgracia, y después

de ese tiempo transcurrido, parece que no hubiéramos aprendido de tan cruel y ejemplar lección: «¡Ojalá sea la mía la última sangre derramada en discordias civiles... ¡».

No voy a recurrir a su testamento ológrafo porque todos lo hemos leído. Quien no lo haya hecho tiene muy poca autoridad para negar cuanto acabo de escribir. Esas últimas voluntades son un monumento al honor, a la dignidad, a las creencias propias y a la heroicidad de un hombre que lo entrega todo, hasta la vida, por ver una España unida y engrandecida con el logro de la justicia que a cada español se le debe.

Hay ahora un revuelo intelectual respecto a su figura tan maltratada por unos y otros. Nunca es tarde si la dicha llega o es buena, dice el pueblo. Escritores jóvenes que están descubriendo las dimensiones y

perfiles excepcionales del personaje con una objetividad que les honra; y por la entrega con que lo hacen descubrimos su admiración por el mismo. Nuestro agradecimiento, el de quienes desde prácticamente la niñez supimos quién era, lo unimos al esfuerzo de estos escritores por dar a conocer la figura señera de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia.

Y para quien se atreva en estos momentos de miseria, de corrupción, de cobardía y de abandono de España, a dudar, sin conocerlo, sin haberle leído, a quien ose ofender la magnitud de este «arquetipo» humano no voy a contener mi pasión para decirle: «Eres un miserable».

José Antonio es uno de esos seres que, como otro Cristo, pero de naturaleza humana, murió a su misma edad, 33 años, son un ejemplo para la historia de la humanidad. Quienes lo hemos seguido no nos hemos arrepentido ni nos arrepentiremos nunca de haberlo hecho.

Al hacer la Declaración de la Renta no olvides poner la X en la casilla de la Iglesia católica

Un Jose Antonio humano

Eduardo López Pasual

Siempre creí que el fundador de Falange Española era un hombre excepcional, pero también solo un hombre; con esas características especiales que le hicieron ser líder de una ideología política de probada trascendencia histórica. Nunca lo imaginé como ser medio alado, cuasi metafísico, más allá de la condición humana por muy singular que fuera su trayectoria en este mundo que vivimos. Su categoría personal, su exquisita formación, sus dotes intelectuales no le hacían diferente de cualquier hijo de mortales. Era un ser humano, con sus defectos y bondades. Esto no cuadra demasiado, a mi entender, con esa imagen de persona casi etérea, de virtudes poco menos que de santo, y creo honestamente que José Antonio, en este como en otros aspectos, tenía sus pros y sus contras aunque el cuerpo principal de su personalidad fuera tan excepcional como impactante en lo social y en lo político.

Es precisamente en el aspecto concreto de su religiosidad, a propósito de un escrito sobre el sentido religioso de nuestro fundador que leído reciente, pero conocido de muchos autores y textos anteriores, en donde se habla de las relaciones de José Antonio y el Estado, para hacer un ejercicio considerable para interpretar en el líder falangista unas convicciones religiosas que le hacían incompatibles con ninguna o casi ninguna falta grave o leve a catecismo de la Iglesia. Era, para esos comentaristas, poco más o menos que un ángel venido del cielo, incapaz de transgredir las normas religiosas, fiel guardador de las esencias católicas, fustigador de cualquier fallo humano, y modelo ejemplar en su conducta a ras de tierra, o en otro orden de cosas, cerrado enemigo de cualquier otra lectura religiosa. No lo veo yo así, y prefiero analizarlo como un hombre tal y como lo entendemos, normal, corriente y sobre todo de mentalidad y criterio abierto a todas las doctrinas morales. Una condición que se comprueba con su comprensión y aceptación de camaradas de marcada procedencia ecléctica e incluso absolutamente contraria a sus sentimientos, como demostró con la afiliación de Manuel Mateo, de Rivas, o de Nicasio Álvarez entre otros, procedentes de comunismo o del anarquismo. También hay que recordar algún episodio social con gentes diversas como la que tuvo, con el militar Millán Astray, pleno del muy humano furor filial



Pero también en su mismo proceder personal –si es cierto lo que se atestigua y parece que así es–, sus devaneos, relaciones o amores con la princesa roja, como nos habla Sáenz de Heredia, y leo en *El hombre que dijo sí a Ruyand Kipling*, de Martín Ortín, con una mujer casada –¡qué horror en aquellos años!–, no parecía una conducta fuera de su condición humana, y sí los deseos de un hombre corriente y moliente, lejos de esas visión estereotipada de varón virginal y semi santificado. Para mí, José Antonio constituía un ser de este mundo, tal y como lo somos en realidad, compuesto de cuerpo y alma y como tal, sujeto a las digamos, inclemencias de la tierra

Claro, no se trata aquí de quitar un ápice a su figura histórica, a su imagen de político ejemplar, de modelo a imitar; no será este un texto, dado por un católico practicante, para devaluar sus enormes dotes de español, de civilizada conducta, de probada rectitud social. En absoluto, es por el contrario, un comentario para situar a José Antonio en este mundo, como humano, como ciudadano, como, líder político cierto y no imaginario. Un hombre al fin y al cabo, que es lo que queremos para no idealizarlo, que es algo completamente negativo incluso para su propia realidad.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

El PP es un dique para la articulación de una nueva derecha

La Tribuna del País Vasco

Entrevista a Pedro Carlos González Cuevas

Autor de obras como *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días* o *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Pedro Carlos González Cuevas es actualmente uno de los principales estudiosos españoles dedicados a analizar la evolución ideológica de las principales formaciones políticas de ámbito nacional.

Titular de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, González Cuevas colabora habitualmente en revistas como *Historia y Política*, *Revista de Occidente*, *Revista de Estudios Ortegaianos* o *Alcores*.

Como colofón a un año en el que «Podemos» ha sido la clave política, *La Tribuna del País Vasco* analiza con él las causas y las consecuencias del actual auge de la izquierda radical española, representada especialmente por «Podemos», pero también por otras organizaciones menos conocidas de ámbito nacional o regional.

En su opinión, ¿sobre qué bases políticas y sociales se asienta el fuerte empuje que actualmente tiene la izquierda radical en España?

La base social de la izquierda radical, entendiendo por izquierda radical a Izquierda Unida y Podemos, fundamentalmente, está constituida por profesores de instituto y por docentes universitarios, por jóvenes parados sin esperanza de futuro y por hombres y mujeres mayores de cincuenta años que tienen miedo a perder su puesto de trabajo. Detrás de esta izquierda radical también se encuentra una clase media-baja y una clase obrera más o menos cualificada. Esto es lo que revelan los estudios sociológicos que se han hecho recientemente.

Desde el punto de vista de la cultura política, la izquierda radical bebe de diversas fuentes. Se mueve dentro de lo que es el marxismo, tanto el tradicional como el nuevo marxismo. También engloba elementos de lo que se conoce como «izquierda lacaniana», que es la izquierda que ha cogido el marxismo y lo ha mezclado con el psicoanálisis de Jacques Lacan. Un elemento importante de esta nueva «izquierda radical» es lo que los franceses llaman «izquierda moral». Esta «izquierda moral» incide menos en las transformaciones sociales y se centra de una forma más concreta en cuestiones culturales o en aspectos sociales como la defensa de algunas minorías, la ideología de género, el feminismo o un genérico «antifascismo». José Luis Rodríguez Zapatero, con su defensa de la «memoria histórica», fue un claro exponente de esta «izquierda moral».

Hoy en día, dirigentes de la izquierda radical como Pablo Iglesias o Juan Carlos Monedero se dicen seguidores e, incluso, discípulos, de Marx o de Lenin. Y, desde una óptica más actual, se alimentan intelectualmente de personalidades como el filósofo Slavoj Žižek, el escritor francés Alain Badiou (discípulo de Louis Althusser), Michael Hardt, que junto con Toni Negri ha sido muy crítico con el imperialismo, la feminista Judith Butler o Jacques Rancière (también discípulo de Althusser).

Le pregunto a Pedro Carlos González Cuevas sobre la extrañeza que produce observar la fuerte presencia que tiene, y el apoyo que recibe, una ideología tan radical como la de la nueva izquierda



Dos figuras confusas de la izquierda pasada (José Bono y Rodríguez Zapatero) que anda metiendo baza en la izquierda presente

española en los más diversos medios de comunicación y foros culturales. «Yo creo, maliciosamente, que esto es una trampa del Partido Popular para dividir a la izquierda», explica el también autor de *La tradición bloqueada*. «Con este objetivo, desde el PP se habría puesto un empeño importante en promocionar a esta izquierda radical a través de los grandes medios de comunicación. Se trataría de acabar con Izquierda Unida y de dividir al PSOE. El hecho de que estas personas estén todos los días en canales como “Cuatro” o “La Sexta”, respondería a esta estrategia. Aunque, realmente, el único que llama un poco la atención es Pablo Iglesias. El resto, son todos un poco toscos»

Pedro Carlos González Cuevas explica que otro elemento importante es que esta izquierda radical tiene importantes editoriales a su servicio, como «El Viejo

Topo», en la que se encuentran muchas de las claves de este movimiento; «Siglo XXI», «Crítica», «La Catarata», «Txalaparta», «Akal», «Anagrama», «Seix Barral» o «Icaria», entre otras muchas.

«Por este motivo, en ciencias sociales e historia hay una clara hegemonía del pensamiento de izquierda más radical. Con estos medios de comunicación y estas editoriales a su disposición, tienen una gran parte del terreno ganado. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que la derecha carece de editoriales importantes».

¿Cree que la fortaleza de la izquierda radical en España es un peligro para el sistema democrático?

Este crecimiento de la izquierda radical no solo es un peligro para el sistema democrático sino que es también, y esto es casi más importante, una clara amenaza para el Estado y para la nación española. Sin Estado y sin nación, no hay democracia.

En España, hay una crisis global. Una crisis económica, una crisis del modelo de Estado, una crisis de representación y una grave crisis social. Todo el sistema de convivencia que nació con la Transición, está en cuestión. No digo que vaya a caer en unos pocos días, pero se encuentra muy cuestionado. Si en

los próximos meses la izquierda radical consigue una representación importante en las instituciones, esta situación se agravará. Y nuestra sociedad estará realmente en peligro.

Tenemos que tener en cuenta que nuestro sistema democrático está en crisis por sí mismo, especialmente por el fenómeno de la globalización. Hay sociólogos como Zygmunt Bauman o Ulrich Beck que inciden en esto. Como el Estado nación está en crisis, la representación democrática de éste, también lo está, ya que, en ocasiones, deciden instituciones lejanas, como ocurre, por ejemplo, con la Unión Europea. Quizás estamos caminando hacia otro estado de cosas desde un punto de vista político que, como dice el pensador británico Colin Crouch, es la «posdemocracia». Esta «posdemocracia», en el fondo, sería una especie de gran tecnocracia a nivel global.

¿Es la izquierda radical española un tipo particular de populismo?

En mi opinión, hay que tener mucho cuidado con este calificativo. El populismo es un fenómeno muy poco definido y, en este sentido, yo creo que la izquierda radical española lo que hace es coger determinados aspectos de lo que, generalmente, conocemos como populismo. Populismo hay en todos los sistemas políticos. En la antigua Roma ya había populistas. También en el «bonapartismo», en el nacionalismo francés de Boulanger, en el fascismo, en el regeneracionismo español, en el nazismo o en el régimen mexicano.

La izquierda radical española de hoy en día tiene algunos elementos populistas como hablar constantemente de la «lucha del pueblo» contra la oligarquía («la Casta»), la ausencia de un programa político explícito, la glorificación del líder o la crítica a los partidos tradicionales. Pero lo que prima en su discurso es el marxismo, la izquierda lacaniana y la «izquierda moral». Es un intento de renovación del comunismo tradicional.

¿Por qué en España los valores «políticamente correctos» se asocian permanentemente con los valores defendidos por la izquierda?

Es una consecuencia de cómo se hizo la Transición. Se asoció a la derecha con el franquismo y como, a lo largo del tiempo, no se ha contrarrestado esa campaña de demonización, lo que ha ocurrido es que el PP, que actualmente es la única fuerza nacional de derechas, ha interiorizado esas críticas. El PP es



incapaz de articular un proyecto político, cultural e intelectual y se centra, exclusivamente, en gestionar la economía de una forma más o menos eficaz. Esto es muy grave. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con la Fundación FAES, que, en mi opinión, no es capaz de alumbrar un proyecto intelectual que ofrezca una interpretación sólida y global de la historia de España. El PP, actualmente, es un dique para la articulación de una nueva derecha o de varias nuevas derechas.

Evidentemente la izquierda emergente tiene las ideas claras. Aunque de ahí no salen pues no son capaces de definir su forma de Estado

¿Cómo explica la alianza, casi simbiótica, de la izquierda radical y los nacionalismos periféricos en España?

La izquierda española, tanto la socialdemócrata como la más radical, nunca ha tenido una idea clara

de España. La izquierda no ha tenido a su Menéndez Pelayo. No ha habido en la izquierda ninguna preocupación por la nación. Ninguna. El PSOE, por ejemplo, pone la clase social por delante de la nación.

Por otra parte, el proceso de nacionalización española es muy desigual y, de hecho, hasta la Guerra Civil se trata de un proceso muy débil. Hay debilidad del Estado, de la escuela, de la enseñanza, etc. No se difunde un mensaje unitario a través del Estado y de la escuela, entre otras cosas, porque no hay dinero. De este modo, las instituciones socializadoras son la Iglesia (que en algunas regiones como en Cataluña o el País Vasco está más a favor de los nacionalismos autóctonos que de la nación española) o el Ejército, que no puede hacer demasiado porque tampoco había entonces servicio militar obligatorio.

El proceso de construcción de la nación se produce tras la Guerra Civil y la izquierda no acepta eso. Y, por ello, asocia a la nación española con el franquismo.

Además, la izquierda y la extrema izquierda española creen, siguiendo a Lenin, que los nacionalismos favorecen la subversión, ya que una forma de acabar con el Estado es fragmentándolo. Ahora mismo, Izquierda Unida o Podemos y otras fuerzas lo que buscan es unirse con los nacionalistas para destruir el Estado. Es así de simple. Y de tremendo.

Al San Juanito le dio un aire

Antonio Burgos

Muchas cofradías andaluzas con siglos de historia celebran ahora los 75 años de la bendición de su Cristo o de su Virgen. ¿Cómo hermandades tricentenarias dan culto a imágenes tan recientes? Muy sencillo: porque sufrieron en 1936 las llamas iconoclastas. No a manos de las milicias improvisadas para plantar cara valientemente a los militares alzados en armas contra el Gobierno, sino de las hordas



Restos recuperados del Sanjuanito de Miguel Ángel destrozado por los anarquistas al profanar e incendiar la capilla de San Salvador en 1936

que creían que quemando iglesias y asesinando curas y votantes de la CEDA defendían mejor al Frente Popular. Esto fue así, aunque haya tanta cobardía para recordarlo, como hago ahora contra la Dictadura de la Memoria Histórica. En España puedes decir que a Lorca y a Blas Infante los fusilaron los fascistas en 1936, pero no que al San Juanito de Miguel Ángel lo machacaron los rojos en Úbeda, como quemaron San Román o San Marcos en Sevilla. En muchos programas cofradieros estoy harto de leer que tal Cristo o Virgen, sustituidos luego por réplicas de Illanes o Castillo Lastrucci, «se perdieron en los sucesos de 1936». Vamos, que hablan de una Virgen «perdida en 1936» como el que se deja olvidado el paraguas en un taxi...

Quisiera contar lo que ocurrió en Guadalcanal. Allí nació el dramaturgo y político Adelardo López de Ayala. El «Ayala» con calle en el barrio de Salamanca. Su villa natal le dedicó en 1926 un monumento, con su busto y una escultura de Talía, la musa del Teatro. Producida la sublevación, los frentepopulistas del pueblo, tras cometer muchos asesinatos, quemaron a la Patrona, la Virgen de Guaditoca, y a toda la imaginería procesional: no dejaron Cristo vivo. Y creyendo que la Talía del monumento a Ayala era la Virgen María, la decapitaron, tras hacer rodar el busto de su paisano ilustre, desconocedores que fue el redactor de algo tan «facha» como el manifiesto de la Revolución de 1868. Y decapitada sigue Talía en la plaza de Guadalcanal...

Corrió la Talía de Guadalcanal la misma suerte que el San Juanito de Úbeda: el San Juan Bautista Niño de la iglesia del Salvador, erigida por Francisco de los Cobos, la única escultura de Miguel Ángel en España y una de las dos que hay fuera de Italia, reconstruida por el Centro de Restauración de Florencia en una iniciativa ante la que siempre me quedaré corto en elogios a su



Reconstrucción de la cabeza de San Juanito tras la restauración de la escultura

impulsor, el duque de Segorbe, esforzado mantenedor y acrecentador del patrimonio histórico de la Casa de Medinaceli: no sé qué espera Cultura para darle la Medalla de Bellas Artes. Al San Juanito lo dejaron los rojos de Úbeda en 1936 hecho añicos, a conciencia, en el asalto a la iglesia del Salvador, convertida en garaje para el Cuerpo Tren del Ejército Popular. Garaje que conozco bien porque un sargento de la 40 Compañía Divisionaria de Automovilismo que se llamaba Antonio Burgos Carmona me contó cómo lo ocuparon cuando las tropas nacionales del coronel Saturnino González Badía, las que resistieron en la Cabeza de Puente de Serós, tomaron Úbeda el 29 de marzo de 1939, al día siguiente de la caída de Madrid.

Pero por el pánico al uso por recordar la verdadera Historia, la gozosa restauración ha sido presentada poco menos como si al San Juanito le hubiera dado un aire o roto una criada torpona cuando estaba quitándole el polvo con un plumero: «Se destruyó durante la guerra civil». ¡Toma ya! Solo. Vamos, que se cayó al suelo y, ¡zas! se rompió: qué mala suerte. Como San Marcos de Sevilla, que ardió porque hubo un cortocircuito. El director del Museo del Prado ha dicho al presentar la recuperación: «Esta escultura ilustra la barbarie de la que fue víctima la España de los años 30». No, mire: de los años 30, no, que en esos años se publicó lo mejor de la Generación del 27. De barbarie de los 30, nada. Diga usted la barbarie de los rojos de Úbeda, donde no hubo frente, sino odio y sangre: esa es la verdad histórica. Porque va a resultar que el San Juanito fue destruido por un bombardeo. Bombardeo de los nacionales, por supuesto. Guernica con Miguel Ángel, vamos.

Si estás interesado en leer los libros descatalogados que pueden darte una mejor y mayor idea de la historia y los hechos por los que ha pasado España en los últimos cien años, acude a IberLibro.com, donde encontrarán información de los que están a la venta en cualquier punto de España o del extranjero, pudiendo comprarlos por correo.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.